

El cierre de la valija

José Miguel Váscquez*

Desde el mismo jueves tarde ya se producía el anuncio: "mañana cerramos valija". Tenía la extraña impresión de que al pronunciar esta sentencia, la secretaria liberaba toda la ansiedad que por algún motivo había retenido a lo largo de la semana. A partir de aquel momento un extraño dinamismo ocupaba la silla de su apatía habitual, impulsándola a desplazarse hasta el archivo para recoger la escualida bolsa que sería extendida y depositada cuidadosamente sobre su escritorio donde, en vela, aguardaría hasta el día siguiente el inicio del acostumbrado ritual.

El viernes, día de gloria, su llegada a la Embajada se anticipaba en varios minutos al canto de los gallos. Madrugaba tanto que conseguía avergonzar al guardia de la PM que con el alba cambiaba de turno con su somnoliento predece-

sor. Tras despojarse de todo aquello que le pudiera estorbar se dirigía a su escritorio donde, en ayunas aún, reposaba la famélica valija que, aprehensiva, parecía presentir el tratamiento cosmético al que pronto sería sometida. Por experiencias anteriores sabía que el buen paté se hace a costa del hígado y que, más temprano que tarde, una incontenible cirrosis multiplicaría su volumen hasta provocar celos en la redonda funcionaria que, hasta entonces, creía tener asegurada, en ese campo, para sí la primacía.

Por alguna razón, que hasta hoy no he alcanzado a descifrar, existía una estrecha relación entre la atribulada bolsa y su benefactora, la robusta secretaria. Sería porque en el fondo se sabían almas gemelas o, apartándonos de consideraciones espirituales, sólo gemelas. O por-

* Primer Secretario del Servicio Exterior ecuatoriano

que alguna de ellas se reencarnó en la otra. No lo sé. Con todo, alimentar la valija era la razón de su existencia, al hacerlo se sentía viva como si cumplierse un camino trazado con anterioridad. Transmitía entonces una corriente mística, de convencimiento, de seguridad, de fe. Lo hubiera podido hacer, estoy seguro, con los ojos cerrados, guiada sólo por aquella luz. Recuerdo la época en que el viento parecía soplar y la llama perder brillo, vacas flacas durante las cuales no se produjo suficiente papel para alimentar a la criatura. Se adivinaban entonces sus huesos, y su piel lucía flácida y arrugada. Desdeñaba cualquier explicación y la sola mención de los culpables le causaba urticaria. A la época corresponden la adopción de aquellas medidas administrativas tendientes a garantizar la integridad física de computadores y fax, infernales aparatos que, sin éxito, intentaban suplir al convencional medio. Ni la agilidad de las comunicaciones ni los temas urgentes la sensibilizaban; para ella solamente existían los documentos originales debidamente firmados, numerados, sellados y lacrados cuya escasez actual hacía sentir con mayor énfasis su otrora abundancia. Si la tecnología ya la afectó, cuando la Cancillería con afán austero creó un proyecto al que deno-

minó "cero papel", sus comezones se transformaron en ataque de cole-rín. Para escapar de ellos desarrollamos un novedoso mecanismo de defensa: le dábamos anexos, muchos anexos, los adoraba, hacían bulto, pesaban.

Parecía evaluar el desempeño de cada uno por su contribución en papel. Cuando sus expectativas no eran satisfechas, lo que ocurría con bastante frecuencia debido al desdén de los funcionarios, recurría a una serie de sortilegios y artimañas para conseguir llenar la valija. Dejarla partir con un espacio vacío jamás. Era capaz de llegar al sacrificio y hasta la inmolación, si fuera necesario. Con celeridad envidiable redactaba entonces media docena de avisos de recibo, resucitaba amarillos informes y llamaba por teléfono a sus allegados más próximos. Minutos más tarde una vistosa comitiva se constituía en la puerta de entrada: el manquito del banco con su paquete de medicinas, de esas que sólo se consiguen aquí; la señora de la bisutería de colores brillantes; el marido de Charito, tan preocupado con sus repuestos automotrices y otros tantos aportadores de generosas y desinteresadas contribuciones.

A partir de entonces, y como invariablemente se realizaba cada viernes, a la misma hora se produ-

cía el toque de queda, medida administrativa que, como el horario de verano, prolongaba artificialmente la jornada laboral, impidiendo la desbandada y forzando a la platea a ser testigos presenciales del solemne acontecimiento que se verificaba en dos actos. El primero, de carácter épico, basado en el principio filosófico de la tenacidad y de la perseverancia mostraba, al compás de un allegro danzante, una lucha cuerpo a cuerpo entre la glotona bolsa y nuestra heroína que, emulando teutonas destrezas en la fabricación de embutidos y bloqueando la acción contenedora de broches, cierres y correas, conseguía introducir en el interior de la bolsa todo el material recaudado a base de su eficiente y personal dedicación, dejando boquiabiertos a todos los que, con escepticismo, creíamos imposible la ejecución de

tan compleja tarea. El resultado era sorprendente: esféricamente lisa, voluptuosamente tersa, tentadoramente llena, a punto de causar envidia a cualquiera de los cirujanos plásticos que por esta plaza desfilaban y a quienes la alquimia jamás reveló el secreto de textura y elasticidad semejante. Satisfecha la gula, el suboficial de la Agregaduría, apurado como de costumbre, tocaba en minueto la bocina de su carro, anunciando el inicio del marcial desfile que terminaría en las bodegas del aeropuerto. Para entonces la secretaria era presa ya de una especie de paroxismo, de clímax, de alumbramiento. Su creación estaba apunto de ver la luz, la valija iba a ser despachada. Efímero placer del que sólo volvería a gozar siete días más tarde. Mientras tanto, el recuerdo del ser amado, y la agonía de su ausencia...

